

ALEJANDRO GALÁN

DETECTIVES DE LA ESO

Los magos de la tiza:
profesores que enseñan divirtiéndose

Ilustraciones de interior:
JOSÉ DAVID MORALES y MARÍA MATEOS ÍÑIGO

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Declaración de intenciones del autor</i>	11
---	----

Parte 1 LOS MAGOS DE LA TIZA

1. La vocación del docente	15
2. Desmontando mitos, ahuyentando miedos	39
¡No los toques..., son radioactivos!	39
¡Qué poco trabajan los profesores!	49
La educación bilingüe: incoherencias y elitismo	55
¡La sociedad avanza, pero la educación no!	65
Formas de evaluar: ¡muerte a los contenidos!	70
3. Las redes sociales en el aula	79
Los <i>Detectives de la ESO</i>	79
Los <i>Influencers históricos</i>	124

Parte 2
LAS VIRTUDES DEL JUEGO EN EL AULA

4. Los juegos de simulación	149
Juego del Antiguo Egipto	157
Juego de la Antigua Grecia	166
Juego de la Antigua Roma	177
Juego del Imperio islámico	185
Juego de la Reconquista	193
Juego de los vikingos	201
Juego de los reinos medievales	205
Rediseñando el planeta: crea tu propio país	216
5. Los juegos de roles	227
Juegos de roles de nivel 1	228
Juegos de roles de nivel 2	229
Juegos de roles de nivel 3	231
El juicio del año: Evaristo Pistacho y Julio Anacardo	241
El secuestro de Hitler	256
<i>Palabras finales</i>	<i>269</i>

DECLARACIÓN DE INTENCIONES DEL AUTOR

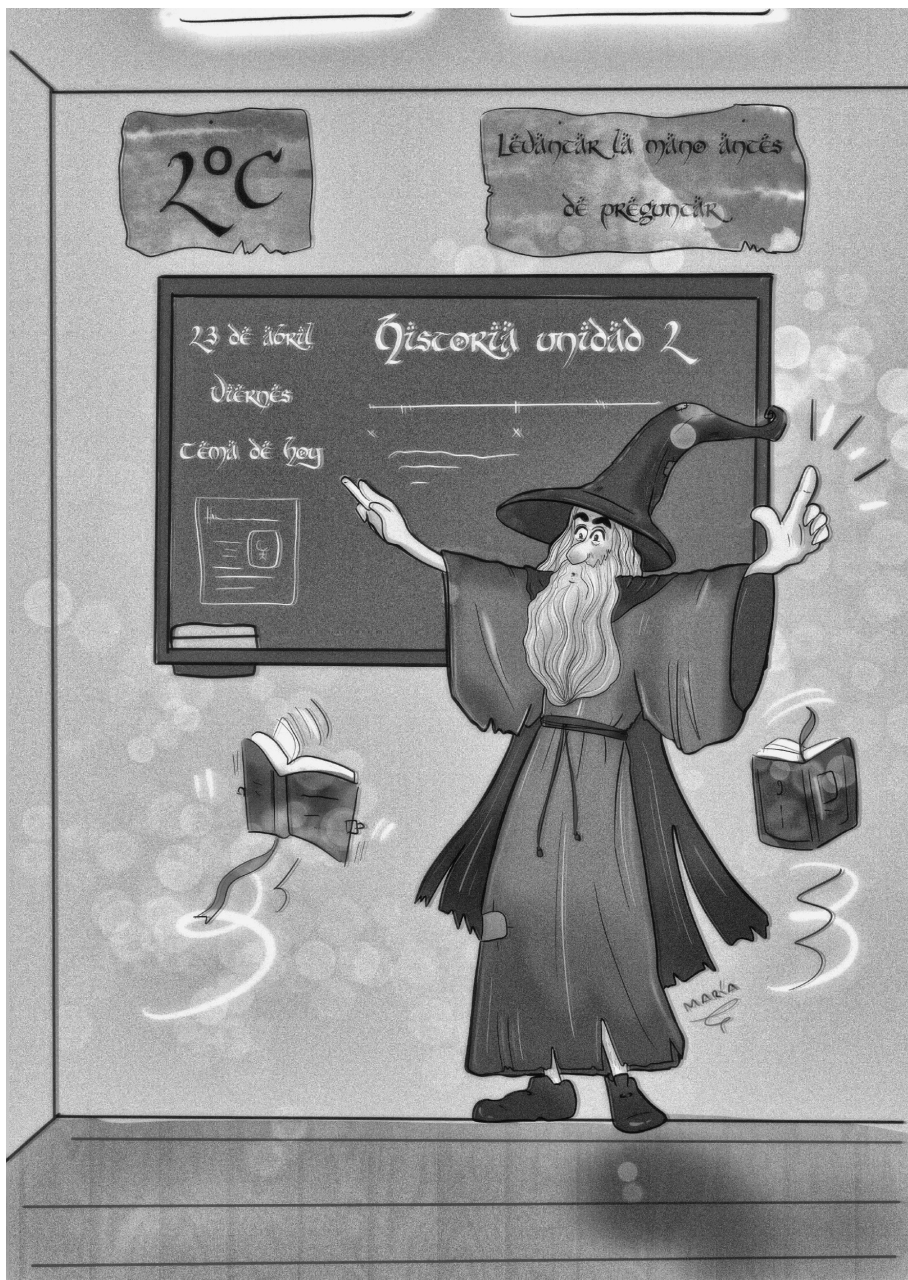
El presente libro va especialmente dirigido a aquellos jóvenes que tengan dudas sobre si deben dedicarse o no a la docencia, a aquellos maestros y profesores que busquen recuperar la ilusión perdida tras años complejos u oscuros, a aquellos otros que quieran acceder a distintos recursos y materiales que puedan servirles para complementar sus clases, y, en fin, a todos aquellos que, por la razón que sea, quieran conocer algunas opiniones y vivencias de un modesto, pero entusiasta, representante del mundillo de la educación.

El presente libro no ha sido escrito por un profesor con décadas de experiencia, montañas de premios o arrugas de sabiduría, sino por un docente soñador al que, cuando ahora está dando apenas sus primeros pasos, le han ofrecido la posibilidad de poder transmitir su ilusión por la enseñanza y compartir algunos de los proyectos e ideas que han recibido una buena acogida entre sus alumnos.

El presente libro no es un recetario de verdades absolutas ni prácticas de excelencia, pero ha sido escrito con toda la ilusión del mundo para invitarte a repensar algún principio educativo inamovible, desmentir ciertos mitos y, por qué no, sacarte alguna que otra sonrisa.

Parte 1

LOS MAGOS
DE LA TIZA



Un mago no llega tarde. Ni pronto. Llega exactamente cuando se lo propone.

GANDALF EL BLANCO,
El Señor de los Anillos

1

La vocación del docente

Todos hemos tenido a uno o dos profesores que han marcado la diferencia, que nos han hecho olvidar dónde nos encontrábamos, que han cambiado —aunque solo fuera durante tres horas a la semana— nuestro concepto de la educación. Uno o dos profesores que se han preocupado por nosotros, que se han esmerado por comprendernos y que han puesto todo su empeño en que no pasara un solo día sin que aprendiéramos algo nuevo. Uno o dos profesores atrevidos, incansables, capaces de mostrarnos su asignatura como algo muy distinto a lo más terrible del mundo, por mucho que esa materia no fuera precisamente santo de nuestra devoción. Todos y cada uno de nosotros hemos disfrutado en algún momento de nuestra vida de las enseñanzas de alguno de estos soñadores incomprensidos; maestros en el trato, las formas y las palabras; audaces guerreros armados con tizas y borradores, curtidos en mil batallas; poderosos magos con apariencia de hombres.

Imaginen. Imaginen por un solo instante que un grupo de niños de nuestro país tuviera ocasión de disfrutar exclusivamente desde su más tierna infancia de la compañía de «profes» y «seños» que no se rindieran, que nunca perdieran la fe en ellos. Porque no hay niños de diez o doce años que hayan perdido la fe en ellos mismos, lo que hay son niños de diez o doce años a los que se les ha hecho creer que no deben tener fe en ellos mismos. Imaginen que maestros y alumnos no fueran enemigos, que no se perdieran más

de veinte minutos diarios en broncas innecesarias, que no hubiera niños sentados al fondo de la clase asumiendo la función de simples macetas inmóviles, invisibles, olvidadas por sus docentes. Imaginen que hubiera más ideales que monedas de plata. En otras palabras, imaginen que el tipo que cobra todos los meses un salario por transmitir sus conocimientos y educar (sí, educar) a sus hijos no trabajara simplemente por dinero, sino que lo hiciera motivado por superar con solvencia cada nueva aventura diaria y lleno de satisfacción por tener la oportunidad de formar a los ciudadanos del futuro y de contagiarse de la vitalidad característica de sus mejores años. Imaginen que «ese profesor» fuera en realidad «esos profesores» y que ni uno solo de ellos estuviera exento de vocación ni de afán por reinventarse y perfeccionarse continuamente.

Ahora imaginen que toda una generación de jóvenes talentos en potencia, pues todos los niños son jóvenes talentos en potencia, tuviera la oportunidad de convivir cada mañana con esos magos tan poderosos, desde su primer año de infantil hasta el último de la educación secundaria. Imaginen que todos estos niños tuvieran por costumbre regresar de los colegios y de los institutos tal y como entraron el primer día: llenos de vitalidad, con una amplia sonrisa, igual de felices, pero un poquito más sabios. Imaginen qué serían capaces de hacer con el paso de los años... Pero imaginarlo es demasiado sencillo, ¿no creen? ¿Qué tal si nos ponemos en marcha?

Hace unas semanas, mientras reunía ideas para comenzar el presente libro, mi buen amigo Facebook me dio los buenos días con el recuerdo de esta pequeña publicación que escribí hace ya cinco años, allá por el mes de mayo de 2016, nada más finalizar mi periodo de prácticas docentes en un instituto público de Cáceres. En aquel momento tenía veintidós años, estaba bastante cerca de terminar el dichoso Máster de Educación Secundaria en la Universidad de Extremadura y empezaba a vislumbrar el incierto panorama que se abría ante mis ojos: quedaban por delante meses y meses de estudio, redacción de documentos y elaboración de materiales antes de enfren-

tarme a unas oposiciones que establecerían si se me daría la oportunidad de regresar a un aula de educación secundaria, esta vez no ya como alumno o como docente en prácticas, sino como profesor de instituto, con todas las letras. Compartir esas palabras con mis familiares y amigos fue mi forma de ahuyentar el miedo, agarrar al toro por los cuernos y gritarle al mundo: «¡Eh, que aquí estoy yo! Si, como decía Nelson Mandela, la educación es el arma más poderosa que podemos usar para cambiar el mundo, ¡ábranme las puertas, que tengo la mochila cargada de ilusión y no quiero quedarme fuera!».

Desde entonces, he tenido la inmensa suerte de poder impartir clases de Geografía e Historia a lo largo de cuatro años en cuatro centros públicos de Extremadura y Castilla-La Mancha. Y sí, es cierto, cuatro años no son nada en comparación con los diez, veinte, treinta o cuarenta de muchos de mis compañeros, que sin duda saben mucho más del tema que yo; pero estos cuatro años me han bastado, en todo caso, para comprobar que no me equivoqué, que el día en que, cuando tenía apenas quince años, decidí estudiar Historia para ser profesor de instituto no había comenzado una huida hacia adelante, sino que acababa de tomar una de las mejores decisiones de mi vida. Año tras año releo las palabras de ese joven inocente y atrevido que se lanzaba al mar sin tener demasiada idea de nadar; y, a pesar de que en este tiempo ha habido experiencias mejores y peores, cada año compruebo que mi forma de pensar y de sentir no ha cambiado lo más mínimo y, aunque todavía no me he alejado más que unos metros de la costa, tengo claro que desfallecer en la travesía y terminar atracando y acomodándome en el puerto más seguro no es ni nunca habrá de ser una opción viable para mí. Será, ciertamente, un camino lleno de obstáculos y dificultades, de eso no me cabe duda alguna, pero nadie dijo que convertirse en «mago de la tiza» fuera una empresa fácil, porque docentes ya somos muchos —de hecho, docentes somos la mayoría—, pero, si verdaderamente queremos transformar por completo el sistema educativo, necesitamos muchos más magos.

¿Y qué hace falta para ser un mago? Bueno, como ya he dicho, yo aún estoy empezando, y aún me queda un largo camino por recorrer, pero hay una serie de cualidades y aptitudes que en mi opinión son imprescindibles para todo docente que aspire a ser recordado como un «mago de la tiza». En primer lugar, la «empatía». ¡Qué fantástica palabra! ¿No sería maravilloso que, junto a las asignaturas de Matemáticas, Lengua o Inglés, tuviéramos una asignatura en Primaria llamada «Empatía», gracias a la cual los alumnos dedicaran al menos una hora a la semana a ponerse en la piel de individuos y sectores de la sociedad completamente distintos a ellos, o mucho menos afortunados? Por ejemplo, una hora para ponerse en la piel de una chica que atraviesa con miedo una calle solitaria a las tres de la madrugada; otra para entender cómo se siente un niño que ha perdido a su familia tras cruzar el Mediterráneo en patera en busca del «sueño europeo»; una más para adoptar el papel de un reo que ha sido condenado injustamente, a pesar de su inocencia; otra más para ponerse en la piel de un viejo multimillonario que poco antes de morir llega, tristemente, a la conclusión de que es tan pobre que no tiene nada más que dinero; o una última hora, en fin, para comprender los sentimientos de un maestro que, por mucho que lo intenta, no consigue conectar con sus alumnos. Aprovecho este último ejemplo para subrayar un punto que me parece fundamental: todos hemos sido alumnos, pero muy pocos hemos terminado dedicándonos a la docencia. Todos sabemos perfectamente cómo se sienten el niño y el adolescente que luchan cada mañana por sobrevivir a un nuevo día en la escuela, pero muy pocos tenemos ocasión de cambiar el pupitre por el atril, y experimentar lo que siente el docente que todos los días corrige, crea, dirige, regaña, transmite, escucha, vigila, explica, entiende, juzga, repite, improvisa, evalúa, educa y enseña.

Desgraciadamente, aún no existe en los colegios de ningún país del mundo una asignatura llamada «Empatía», que ayude a los futuros adultos a entender que ellos no son el centro del universo, que

todo tiene ventajas e inconvenientes y que, antes de juzgar a otros, debemos tratar de comprender cuál es exactamente la posición de aquellos a quienes estamos juzgando. Dado que (¿aún?) no existe esta asignatura, dado que ni niños ni adolescentes han tenido la oportunidad de ser maestros o profesores, y dado que para ser realmente empático se necesita un grado de madurez que solo se consigue con los años y la experiencia, no podemos pedir a nuestros alumnos que entiendan cómo se sienten los docentes que conviven con ellos todas las mañanas. Sin embargo, cambiando el enfoque, todos los maestros y profesores sí que contamos con una enorme ventaja que no podemos desaprovechar: todos, absolutamente todos, hemos sido alumnos en el pasado, por lo que nadie mejor que nosotros puede comprender cómo se sienten los estudiantes con quienes trabajamos. Quiero insistir en este hecho porque se trata de una ventaja de la que no disfruta casi ningún otro profesional. Por ejemplo, se pueden contar con los dedos de una mano los policías, jueces o abogados que, por haber sido anteriormente criminales, pueden entender perfectamente qué se piensa y qué se siente al otro lado del banco. Y lo mismo se puede decir de un farmacéutico que estudia la cura para una enfermedad que nunca ha padecido, de una psicóloga que trata decenas de trastornos diferentes en una misma semana o de un enfermero que pronuncia unas palabras de ánimo para dar esperanzas a un paciente que va a ser operado a vida o muerte. En cambio, a diferencia de la mayoría de los profesionales, todos los docentes hemos sido antes alumnos, por lo que sabemos perfectamente qué se siente al pasar seis horas cada mañana sentados en una silla, luchando contra el bostezo, atendiendo a explicaciones que las más de las veces no interesan demasiado y realizando actividades que más bien debieran llamarse «pasividades». Y puesto que sabemos muy bien lo que se siente como alumno, es nuestra obligación, como profesores, tratar con todo empeño de igualar, e incluso mejorar y perfeccionar, todo aquello que nos agradaba cuando éramos estudiantes, así como cambiar o modificar todo lo que nos provocaba frustración, desidia y

aburrimiento. Esta es, sin duda alguna, una tarea complicadísima, y los resultados nunca estarán asegurados; pero, si damos lo mejor de nosotros mismos, cada uno a su manera, estoy seguro de que año tras año nuestra experiencia irá mejorando. Basta con que nunca olvidemos nuestra época como alumnos, con que pongamos todas nuestras ganas en seguir la estela de aquellos docentes que fueron nuestros referentes en el pasado, y con que hagamos todo lo que esté en nuestra mano para no repetir los errores de aquellos otros profesores de los que aprendimos lo que no íbamos a hacer nunca si algún día nos encontráramos en su lugar.

Por otro lado, en estrecha relación con la cuestión de la empatía, creo que para ser un buen «mago de la tiza» es necesario que sepamos «querer y valorar» a nuestro público, ya que este es quien responderá con aplausos o abucheos a todas nuestras actuaciones y quien juzgará, mejor que nadie, si ha valido o no la pena el tiempo transcurrido a nuestro lado. Porque, sí, la educación es enseñanza de valores y transmisión de conocimientos, por supuesto, pero también es convivencia. Y la convivencia implica apreciar y querer a los alumnos, fraguar con ellos, y ellos con nosotros, lazos de complicidad y de respeto. No soy nadie para decir qué está bien y qué está mal, pero personalmente no me parece oportuno que llegue el mes de diciembre y no recordemos el nombre propio de todos y cada uno de nuestros alumnos (ya sean 30 o 150), que no sepamos un poco de sus gustos y aficiones o que no hayamos llegado a conocer el timbre de su voz; porque el día en que decidimos ser maestros o profesores lo hicimos sabiendo que íbamos a trabajar con personas, no con números, paquetes o archivos; y no con cualquier tipo de personas, sino con proyectos de ciudadanos, cada cual con sus situaciones particulares, llenos de miedos e inseguridades, que aún están en proceso de aprender el modo de gestionar sus emociones y que aún no saben quiénes son ni cómo les gustaría ser dentro de unos años. En efecto, trabajamos con alumnos con nombres y apellidos, con gustos concretos y problemas específicos, y cuanto más conozcamos sobre ellos mejor entenderemos sus reacciones ante

diferentes situaciones y más sencillo nos resultará adaptar las explicaciones y las actividades a sus intereses particulares.

En lo que se refiere a mi experiencia como estudiante, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que mi yo adolescente era perfectamente consciente de qué profesores mostraban una sincera preocupación por sus alumnos, se abstendían de realizar el más mínimo comentario con mala intención y tenían un verdadero interés en que aprendiéramos lo máximo posible. Del mismo modo, sabía con claridad qué profesores (los menos, por suerte) detestaban pasar el día rodeados de chavales y estaban deseando que las clases terminaran antes incluso de haber comenzado. Sobra decir que mi actitud y la de mis compañeros, en consecuencia, no era la misma con unos que con otros, y puedo decir que no he visto ningún cambio al respecto ahora que estoy al otro lado de la tarima. Creo que no hace falta decir mucho más sobre esto: cuando un profesor aprecia verdaderamente a sus alumnos, estos lo notan inmediatamente, y ello se manifiesta en el día a día en el aula. Es cierto que hay grupos y grupos, y también estudiantes, contextos y situaciones de todo tipo, por lo que para crear un lazo cordial y amigable no basta únicamente con la buena intención del docente, pero creo sinceramente que la conexión surgirá con mucha más facilidad si existe una predisposición para ello, es decir, si el profesor se esfuerza por escuchar a sus alumnos, se muestra cercano con ellos, se esmera por resolver sus problemas, elige no ser rencoroso tras los episodios negativos y evita a toda costa perder los papeles o pagar sus frustraciones con ellos.

Sé que estas palabras sobre el aprecio y el cariño hacia los estudiantes pueden parecer, tal vez, demasiado buenistas, simplonas, ingenuas, utópicas o innecesarias; pero como profesional privilegiado que soy, por haber sido antes alumno y conocer, por ello, de primera mano las maravillas, mediocridades y horrores que, día tras día, acontecen dentro de los muros de nuestro sistema educativo, creo que no habrían estado de más para algunos profesores, no precisamente mágicos, con los que tuve la mala suerte de toparme en mis

años en el colegio, el instituto y la universidad. Me refiero a aquel docente a quien nunca me atreví a plantear ninguna pregunta, ya que siempre que algún compañero levantaba la mano y exponía su duda recibía como respuesta un «no lo voy a volver a explicar, porque si no lo has entendido ya, no lo vas a entender nunca»; o a aquel otro que, en más de una ocasión, practicó el innoble arte del lanzamiento de tiza contra nuestras jóvenes cabezas; o a aquel simpático que hizo un par de veces lo mismo, solo que con un artefacto algo más dañino y menos sofisticado (el borrador); o a aquel docente desalmado que el día de la mujer trabajadora tenía por costumbre sacar a los chicos al recreo y poner a las chicas a hacer deberes; o a aquel otro profesor que, sin demasiado pretexto y con un marcado tono de desprecio, vaticinó a uno de mis compañeros que como mucho podría aspirar a ser mileurista (corría el año 2006 y no era, ciertamente, consciente de que el futuro que le estaba augurando no era especialmente desalentador); o, ya en la universidad, estoy pensando en aquella profesora que en diversas ocasiones nos tildó a todos de «niñatos» y «ovejitas», tras haber sido informada de que más de sesenta alumnos habían firmado una queja contra ella a causa de sus continuas impuntualidades y su falta total y absoluta de profesionalidad. Y qué voy a decir, ya como profesor, del típico compañero que encadena baja tras baja por la única razón de que aborrece su trabajo, y que se aprovecha de los huecos del sistema para dejar su tarea en manos de profesores sustitutos que, para sorpresa de nadie, siempre son cesados a finales de diciembre o de junio, unos días antes de las Navidades o de las vacaciones de verano. Se trata, claro está, de casos aislados y esporádicos, profesores que de ningún modo representan al colectivo de los docentes, pero que ciertamente existen, no hacen ningún bien a sus alumnos, dañan enormemente la imagen de sus compañeros y harían muy bien en abandonar, cuanto antes, nuestro sistema educativo.

Una vez abordado el plano personal y afectivo, especialmente importante en personas que han decidido dedicar su vida a enseñar

y a convivir con niños y adolescentes, creo que el tercer aspecto que debe trabajar todo «mago de la tiza» que se precie es el del «conocimiento». Pero conocimiento no solo de la asignatura en cuestión, que, obviamente, es del todo fundamental, sino conocimiento en el sentido más amplio de la palabra, pues, si queremos ofrecer una educación verdaderamente de calidad, habremos de tener una formación lo más multidisciplinar posible, a fin de intentar dar respuesta a las diversas preguntas y dudas a las que el profesor se enfrenta cada mañana. Así, es del todo imposible, por ejemplo, enseñar Geografía e Historia sin tener ciertos conocimientos de economía, política, filosofía, arte o historia de las religiones; de igual modo, no será posible acceder a una enorme cantidad de información y recursos audiovisuales sin tener conocimiento de inglés y de otras lenguas extranjeras; y tampoco podremos plantear debates sobre temas de actualidad si no le dedicamos el tiempo suficiente a comprenderlos y analizarlos debidamente.

El docente tiene la obligación de actualizarse y seguir aprendiendo día tras día, para así desenvolverse con mayor soltura ante todo tipo de situaciones inesperadas y poder abordar su asignatura desde nuevos puntos de vista año tras año. En este sentido, debo manifestar mi total y absoluto rechazo hacia la máxima que afirma que «es suficiente con ir una lección por delante del alumno», máxima que, por más que haya sido mil y una veces repetida, no responde en absoluto a la verdad. Todo lo contrario, solo podremos llevar a cabo la mejor explicación, organizar el mejor debate o diseñar la actividad más completa y entretenida si, previamente, nos hemos empapado hasta los huesos del tema que vamos a introducir, si le hemos dedicado muchas horas a repasar lo que ya sabíamos y a ampliar y perfeccionar otros aspectos que aún quedaban por pulir. Por ejemplo, no es lo mismo explicar la Segunda Guerra Mundial tras haber leído por encima los apuntes de la carrera o el libro de texto de turno que hacerlo tras haber recorrido Internet de arriba abajo; tras haber revisado apuntes, artículos y lecturas relacionados; tras haber mante-

nido conversaciones con compañeros del departamento y de otras asignaturas; o tras haber indagado acerca de los libros, películas, series, documentales o videojuegos que han abordado distintos aspectos de dicho periodo. Como tampoco es lo mismo explicar la Segunda Guerra Mundial «a palo seco» que hacerlo sirviéndonos de diversos recursos didácticos que faciliten su comprensión, potencien el aprendizaje y eviten el aburrimiento del alumnado.

Y ya que hablo de conocimiento, no quisiera dejar de lado el «conocimiento sobre la realidad en la que se mueven nuestros alumnos». Yo, por ejemplo, que nací en 1993, pertenezco a la generación que creció junto a las películas de Disney y Pixar, sagas como *Harry Potter* o *El Señor de los Anillos*, dibujos animados como *Pokémon* o *Los Simpson*, series como *Cómo conocí a vuestra madre* o *Perdidos*, videojuegos como el *FIFA* o el *Crash Bandicoot*, redes sociales como Messenger o Tuenti y temas como «Alejandro», de Lady Gaga (muy a mi pesar) o «Danza Kuduro», entre otros muchos ejemplos. Echando la vista atrás, estoy seguro de que a mi yo adolescente le habría encantado escuchar más referencias de este tipo en alguna que otra asignatura, que ayudaran a ejemplificar ciertas explicaciones o a amenizar un poco el ambiente de la clase.

Es cierto que hace diez o quince años no contábamos con proyectores en la mayor parte de las clases, con una conexión a Internet medianamente aceptable ni con ordenadores y móviles mínimamente decentes para poner en marcha determinadas actividades; pero, por ejemplo, a la hora de aprender sintaxis, en la asignatura de Lengua española, el joven Alejandro habría agradecido que una de las oraciones objeto de análisis hubiera sido del estilo «Harry Potter encontró la piedra filosofal» o «Frodo llevó el anillo hasta el Monte del Destino»; que en los problemas de matemáticas fueran Shrek o Homer Simpson los protagonistas de un enunciado sobre cálculos de ganancias y pérdidas; que a la hora de aprender algunos conceptos sobre mitología griega se hubiera hecho uso de comparaciones con películas como *Hércules* o videojuegos como *God of War* o *Age of*

Mithology; o que algún trabajo de Plástica, Música o Tecnología hubiera promovido el uso de Messenger o de Tuenti con un sentido didáctico. Ahora bien, en el año 2021, los tiempos han cambiado, y la generación actual, nos guste o no, es la de *Minecraft* y *Fortnite*, Instagram y TikTok, Netflix y Amazon, Marvel y *Juego de tronos*, y un sinfín de *gamers*, *youtubers*, *influencers* y cantantes de trap que monopolizan buena parte del tiempo libre de nuestros niños y adolescentes. Evidentemente, los maestros y profesores no podemos «estar puestos» en todo y, hagamos lo que hagamos, siempre iremos varios pasos por detrás de nuestros alumnos, especialmente con estas generaciones nacidas en el siglo XXI, que tienen siete bailes, cinco frases y tres juegos de moda distintos cada semana. Tal es así, que estoy seguro de que, cuando se lea esto, la pequeña lista ofrecida unas líneas más arriba ya estará totalmente desactualizada. Quiero insistir en esta idea: estar siempre «en la onda» es del todo imposible, pero ello no es óbice para que tratemos de realizar un pequeño esfuerzo por entender el mundo en el que se mueven nuestros alumnos y hacer uso de él, aunque sea en pequeñas dosis, con el fin de aumentar así el grado de motivación de nuestros estudiantes. Y es que, aunque parezca una tontería, esos pequeños detalles pueden marcar la diferencia a la hora de conseguir su atención o de lograr que entiendan debidamente ciertos conceptos.

Por ejemplo, *Fortnite Battle Royale* es un videojuego en el que cien jugadores se lanzan al unísono en paracaídas a una isla, en la que deberán recoger todo tipo de armas y recursos con el fin de eliminar a todos los adversarios que se vayan cruzando en su camino; todo ello con la dificultad añadida de que el espacio disponible se va reduciendo progresivamente, a medida que avanza la partida, debido a una tormenta que obliga a los últimos jugadores supervivientes a enfrentarse en un espacio cada vez más pequeño. ¿Quién es el vencedor? Muy sencillo: el último jugador que quede en pie en la partida, sin importar que haya derrotado a un solo jugador o a veinte en el transcurso de la misma. En líneas generales, se trata de un video-

juego que premia la habilidad del jugador (selección de armas y ubicaciones, construcción de fuertes, puntería, velocidad, percepción...), la cooperación con los compañeros (se puede jugar de forma individual, en parejas, en grupos de tres o en escuadrones de cuatro jugadores) y la rapidez en la toma de decisiones. El objetivo final, eso sí, no es otro que el de eliminar a todos los oponentes, por lo que, seamos sinceros, no es un videojuego ideal desde el punto de vista educativo; pero ello no significa que no podamos extraer algunos aspectos positivos, como el hecho de ser un juego que se puede disfrutar en compañía de varios amigos y que promueve el desarrollo de un gran número de habilidades. En cualquier caso, nos guste más o menos, lo cierto es que, al tratarse de un videojuego totalmente gratuito, multiplataforma (puede ser jugado en móviles, ordenadores y diferentes videoconsolas) y con los suficientes ingredientes como para convertirse en adictivo, ha sido el juego de moda entre 2018 y 2021, al que muchos de nuestros alumnos han dedicado una innumerable cantidad de horas de su tiempo libre (y no tan libre).

Nos parezca bien o no, esa es la realidad, y es decisión de cada docente optar por desentenderse de ella o esforzarse por comprenderla. Solo existen esas dos posibilidades, y, en mi caso, lo tengo bastante claro: si no puedes vencerlos, únete a ellos. Y si no, que se lo digan al físico y divulgador José Luis Crespo, que en su canal de YouTube, *QuantumFracture*, incluye un vídeo (con más de 1,5 millones de visualizaciones) en el que emplea el mapa de Fortnite como punto de partida para explicar de forma magistral diversos conceptos relativos al tamaño de los planetas del sistema solar, la velocidad de la luz, las distancias en el espacio exterior o la constante expansión del universo;* o que se lo digan al profesor de Educación Física Víctor Arufe, autor de un destacado proyecto de innovación en el que

* El vídeo en cuestión se titula *Si el universo fuera del tamaño del Fortnite* y se encuentra disponible en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=KSbSeHY0mf8>

convierte el gimnasio de su instituto en el escenario ideal para jugar una partida de Fortnite en tres dimensiones.* En mi caso, como profesor de Geografía e Historia, debo decir que hasta el momento no he desarrollado ninguna propuesta llamativa en torno a este videojuego, pero sí que me ha resultado muy útil para amenizar el ambiente en el aula (pronuncia «Fortnite» en voz alta en el momento adecuado y producirás una sobrecarga en la red de miradas que apuntan directamente hacia tus ojos), así como para facilitar la comprensión de ciertos conceptos en relación con la historia militar: por ejemplo, la idea de que en la guerra la altura o la posición elevada siempre confieren ventaja, la gran importancia del alcance y el tiempo de recarga de las armas de fuego o la diferencia entre las armas de repetición, automáticas y semiautomáticas. Y es que, la experiencia como alumno y como docente me ha demostrado que determinados aspectos de las batallas campales del siglo XVIII, las guerras napoleónicas de comienzos del XIX o las dos guerras mundiales del siglo XX son mucho más fáciles de comprender si se hace uso de los conocimientos adquiridos en este y otros videojuegos, como *Assassin's Creed*, *Call of Duty* o *Brother in Arms*; juegos que, insisto, quizá no sean ideales desde un punto de vista educativo, pero que, en todo caso, forman parte del día a día de muchos de nuestros alumnos, de modo que pueden contribuir a aumentar su grado de atención y facilitar la comprensión de ciertos aspectos de la materia.

Algo similar se puede decir de *Minecraft*, un videojuego del que existe incluso una versión educativa (*Minecraft Education Edition*) que promueve como pocos el desarrollo de la imaginación y la creatividad del alumnado; de redes sociales como Twitter o Instagram, que, como más adelante mostraré, pueden ir mucho más allá de la

* Las instrucciones de esta actividad aparecen recogidas, con todo lujo de detalles, en su blog: <https://www.victorarufe.com/fornite/>. Asimismo, se puede ver un videoresumen de su experiencia en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=6S7aentYqoY>

mera publicación de fotografías y comentarios, para pasar a ser empleados con un fin plenamente didáctico; o de un interminable número de vídeos, canciones, series, películas y juegos de mesa que pueden ayudar a construir nuevos aprendizajes o a reforzar los ya adquiridos. Todos estos recursos pueden ser empleados de múltiples formas, ya sea para llevar a cabo proyectos anuales o trimestrales, para diseñar juegos ambientados en temáticas más atractivas para los alumnos o para amenizar las explicaciones con referencias llamativas o fáciles de comprender para los estudiantes. Las posibilidades, realmente, son ilimitadas, y dependerá de cada profesor decidir cuál es la forma más adecuada de trasladar al aula la realidad de sus alumnos.

Un cuarto aspecto que considero importante abordar, ya que constituye una de las principales responsabilidades de todo docente, es el de la «disciplina» en el aula, un asunto que siempre será polémico y en el que nunca estaremos todos de acuerdo. A este respecto, mi opinión, como alumno experimentado y profesor en ciernes, es que debemos huir de los extremos y tratar de acercarnos, en la medida de lo posible, a un término medio, que no convierta las clases ni en una mansión del terror ni en un Corte Inglés el primer día de rebajas. Es evidente, como ya he mencionado antes, que hay centros y centros, grupos y grupos y alumnos y alumnos. Asimismo, cada profesor tiene una personalidad concreta y unas circunstancias específicas. Por otro lado, no es lo mismo impartir clase en un grupo de quince alumnos que en otro de treinta, como tampoco lo es tratar de poner orden en un aula con niños de once y doce años que con adolescentes de diecisiete y dieciocho. Los contextos son muy diversos, y el grado de dificultad del trabajo del docente varía enormemente de una situación a otra, hasta el punto, en algunos casos, de verse obligado a emplear metodologías distintas en dos aulas situadas a tan solo unos metros de distancia, o de terminar el día lleno de energía o con la batería bajo mínimos.

Ahora bien, dicho esto, quiero desmarcarme por completo de la figura del profesor-dictador que entra en clase con el látigo en la

mano y las pistolas cargadas, el cual convierte a sus alumnos en reclutas forzosos, cuya función se reduce a ejecutar órdenes y mantener el silencio, siempre amedrentados ante la idea de recibir una amonestación verbal o escrita a la más mínima interacción con el docente o con el compañero. Esta disciplina férrea puede resultar, aparentemente, muy eficiente si lo que se busca es la mera transmisión de contenidos, ya que las interrupciones son mínimas o incluso inexistentes, y no se permiten ni los ruidos innecesarios ni las actitudes mínimamente irrespetuosas. Eso sí, todo ello a costa de un clima de apatía total y absoluta en el aula, más propio de un régimen cuartelario que de una institución educativa, que no favorece en absoluto la obtención de un aprendizaje significativo y que es del todo contrario al desarrollo del espíritu crítico y el sentido emprendedor del alumnado. Y es que, por más que la autoridad absoluta del docente consiga imponer el silencio sepulcral en la clase, si un alumno no se atreve a formular una pregunta por miedo a posibles represalias, si pierde el derecho a expresar su opinión con total libertad y se le hace sentir como un reo con temor permanente al castigo, ese alumno se sentirá siempre coartado y tenderá de forma inevitable a perder el interés por la asignatura y a rechazar todos los intentos del profesor por transmitirle valores y conocimientos. Día tras día, ese alumno-soldado se limitará a cumplir las órdenes del docente, perdiendo toda capacidad de asombro, dejando de lado cualquier atisbo de autonomía y creatividad y, lo que es más importante, sin disfrutar lo más mínimo de unas clases que, de otra manera, podrían haber sido una experiencia gratificante. En definitiva, la enseñanza de corte autoritario, tan bien encarnada en el mundo del cine por figuras como el profesor Chabert en *Los chicos del coro* («acción, reacción») o el director de la academia Welton en *El club de los poetas muertos* («tradición, disciplina»), resulta ideal para crear individuos sumisos, obedientes y conformistas, pero no para formar a los ciudadanos críticos, autónomos y emprendedores que todo sistema democrático necesita.

Dicho esto, no me gustaría abandonar la figura del profesor-dictador sin retroceder antes unos años en el tiempo, hasta el siglo XVI, para analizar una idea del que probablemente habría sido uno de sus grandes valedores: Nicolás Maquiavelo. En su obra *El príncipe* (1513), este genial diplomático y filósofo florentino se preguntaba cuál era la mejor forma posible de relación entre un gobernante y sus súbditos, introduciendo así un debate muy interesante estructurado en torno a la siguiente pregunta: ¿qué es mejor, ser amado o ser temido? Pragmático hasta el extremo, Maquiavelo llegaba a la conclusión de que, sin duda alguna, es preferible ser temido, ya que ser amado depende de la voluntad de otros y, al fin y al cabo,

[...] los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca.

En efecto, el temor, como con razón afirma Maquiavelo, es miedo al castigo que no se pierde nunca. El temor es la máxima salvaguarda de la autoridad, pues no habrá conatos de motín contra el capitán en una tripulación aletargada por el miedo, ni tampoco intentos de rebelión contra el rey o el obispo entre unos súbditos temerosos de sus señores. Si extrapolamos esta idea al ámbito educativo, podremos concluir que el temor, administrado con astucia, es probablemente el instrumento más eficaz para lograr una autoridad absoluta y hacer mucho más sencilla la labor del docente. Esto era, precisamente, lo que Maquiavelo buscaba para su príncipe, Lorenzo de Médici, a quien iba dirigido su extraordinario tratado político: un reinado sencillo, sin traiciones ni revueltas, que como mínimo le asegurara mantener sus territorios, morir en la cama y legar sus títulos y riquezas a sus hijos. Lo que Maquiavelo no buscaba, sin embargo, era el bienestar de los súbditos; algo lógico, por otra parte, ya que

no eran ellos quienes le pagaban por dar sus consejos. De vuelta al mundo de la educación, creo que la regla de tres es inequívoca y habla por sí sola: un profesor-dictador no está buscando el bienestar de sus estudiantes, sino su propia comodidad y el bien para sí mismo, y es por esa razón por lo que nunca podrá ser un buen profesor ni recibir el apelativo de «mago».

No pretendo decir, ni mucho menos, que todo castigo sea intrínsecamente malo ni que sea negativo actuar con firmeza en determinadas situaciones: todos hemos recibido broncas, reprimendas y castigos cuando teníamos diez o quince años, y ahora entendemos mejor que nadie que muchos de ellos eran necesarios para hacernos madurar y mejorar en diversos aspectos. Pero hay límites para todo, y al igual que en ciertos momentos corresponde ponerse serios para corregir determinadas conductas y transmitir valores en episodios de conflicto, en otros muchos resulta más efectivo relativizar las conductas conflictivas, adaptando la corrección a la gravedad de la infracción o incluso sustituyendo la regañina por una broma, el grito por un gesto simpático o la mirada hostil por otra algo más irónica y amigable. Quizá esto último resulte difícil de creer, pero es una de las lecciones más importantes que he aprendido hasta el momento en mi práctica docente: la sonrisa se contagia, y, si sabes empatizar con tus alumnos, ellos empatizarán también contigo cuando llegue el momento. De hecho, si el ambiente es el adecuado, muchas veces serán ellos mismos quienes se manden callar los unos a los otros si hay más ruido del necesario; y, si alguna vez rebasan gravemente algún límite, les será mucho más sencillo comprender que han hecho algo mal si no están acostumbrados a ver al profesor continuamente serio. En resumen, no se trata de ser un «amigo» de los alumnos, pues al fin y al cabo un profesor debe ser siempre una figura que infunda respeto y consideración, pero ello no es óbice para que la relación con ellos sea cercana, de mutuo entendimiento, más parecida a la de un entrenador con sus jugadores que a la de un sargento con sus soldados. Al menos en lo que a mí respecta, el trato

cercano y el buen humor en el aula me han permitido disfrutar muchísimo impartiendo clase y terminar el año deseando repetir con mis antiguos alumnos, tanto con los que requieren tanta atención que te dejan sin fuerzas ni energías como con los que lo hacen todo muy fácil y reconocen abiertamente tu esfuerzo.

«Vale, vale, hasta aquí todo bien. Para ti un buen profesor, eso que tú prefieres llamar “mago de la tiza”, debe tener muy presente que una vez él fue también alumno, esforzarse por dar lo mejor de sí mismo y ser empático, afectivo, perfeccionista, flexible y resolutivo. Nada nuevo bajo el sol, pero ¿qué hay de la “metodología”? ¿Tienes algo nuevo que aportar a este respecto?». Sinceramente, no. Ni de lejos. Ya existen demasiadas metodologías contrastadas: estrategia expositiva, aprendizaje cooperativo, aprendizaje basado en proyectos, aprendizaje basado en investigación, aprendizaje basado en retos, gamificación en el aula, Visual Thinking, Design Thinking, Flipped Classroom..., y otras muchas metodologías de nombres ingleses o españoles —sin olvidarme del método Montessori, que no abordaré aquí por ser prácticamente exclusivo de la educación primaria e infantil—. Sin duda alguna, todas estas metodologías son muy válidas, especialmente si se combinan adecuadamente unas con otras y si —siguiendo la jerga educativa— se promueve con ellas el desarrollo de las competencias clave, la educación en valores y la multidisciplinariedad, así como la adquisición de un aprendizaje significativo en el que los conocimientos previos del alumno se combinan con los recién adquiridos, reconstruyendo ambas informaciones en el proceso. Ahora bien, ¿hay algunas metodologías mejores que otras? Seguro que sí, pero ninguna es perfecta por sí sola. De este modo, la clase magistral o estrategia expositiva resulta ideal para introducir un tema, explicar sus apartados principales y transmitir grandes historias y anécdotas interesantes, pero esta metodología será mucho más completa si se acompaña con juegos, actividades y trabajos en grupo, y, más aún, si viene reforzada con algún proyecto de investigación, con retos llamativos en las redes sociales, con la lec-

tura de fragmentos de libros y el visionado de películas o con actividades extraescolares que amplíen o refuercen los contenidos abordados. En cualquier caso, como reza el dicho, «cada maestrillo tiene su librillo», y creo que lo verdaderamente importante no es tanto la metodología empleada como la preparación, las ganas y el entusiasmo de quien decide ponerla en práctica.

Para ilustrar lo que digo, me gustaría hacer referencia a dos grandes profesores que dejaron en mí una profunda huella durante mis seis años como alumno de educación secundaria: Víctor y Leonardo. Allá por la primera década de los 2000, en aulas sin proyectores ni conexión decente a Internet, no les quedaba otra que valerse de las cuatro herramientas clásicas del profesor del siglo xx, a saber, la pizarra, la tiza, el libro de texto y, lo más importante de todo, el verbo. Ambos rondaban los sesenta años, y eran tan carismáticos y entusiastas con su trabajo que no necesitaban más que la palabra para conseguir que sus clases fueran atractivas e interesantes.

De Víctor, profesor de Física y Química, siempre recordaré su excelente labia a la hora de presentar los elementos de la tabla periódica o de plantear problemas de fuerzas y vectores; sus historias sobre Dimitri Mendeléiev, Albert Einstein o los héroes de Chernóbil; su naturalidad y descaro para prender papeles en clase con el fin de demostrar algún que otro principio teórico; o su lucidez para hacernos apostar sobre cuál de estas dos cosas caería antes al suelo en distintos escenarios: una hoja de papel o un cuaderno. Por aquellos tiempos, quien escribe estas páginas era estudiante de 3.º de ESO y fueron muchos los días en los que, sentado a la mesa junto a mis padres a la hora del almuerzo, aprovechaba para contarles alguna que otra anécdota aprendida durante sus clases.

En cuanto a Leonardo, profesor de Matemáticas, nunca olvidaré su sutileza, ingenio e ironía, virtudes con las que conseguía transformar en una sucesión de sorpresas y buenos momentos algo que en la clase de al lado habría sido seguramente el tema más aburrido del mundo. No importaba que explicara aritmética, álgebra o estadísti-

ca: él siempre conseguía mantenernos atentos, ya fuera gracias a sus buenas explicaciones o a sus acertadas comparaciones y ejemplos. Como el día en que comparó las probabilidades de ganar La Quiñiela, La Lotería y La Primitiva; o el día en que, para inculcarnos un poco de cordura a la hora de comprar en un mercadillo, nos dijo algo así como lo siguiente: «Cuando un vendedor ambulante te pida veinte euros por una pulsera, ofrécele tres euros: si se niega en redondo, sabrás que el precio es justo o, al menos, relativamente justo; pero si responde con una contraoferta de cinco euros es que realmente no valía tanto». Y cómo olvidar aquel glorioso día en el que una de mis compañeras de 1.º de Bachillerato, al no poder resolver una operación matemática, levantó la mano y le indicó a Leonardo que era imposible terminar el ejercicio en cuestión, ya que su calculadora «no sirve de nada, no funciona»:

- ¿Estás segura de que no funciona? ¿Has escogido bien los símbolos?
- Sí, seguro, no hay manera. Lo he intentado ya dos veces y no funciona.
- De acuerdo, dame tu calculadora.

Acto seguido, Leonardo se dirigió a un extremo del aula y, para sorpresa de todos, lanzó la calculadora a la papelerera. Nadie daba crédito a lo que acababa de suceder, pero Leonardo, con total naturalidad, se dispuso, como si nada, a continuar con la corrección del ejercicio.

- Pero... ¿por qué la tiras a la papelerera? ¡Es mi calculadora!
- En efecto, es tu calculadora. ¿Y para qué la quieres, si no funciona?

Instintivamente, mi compañera, sin saber muy bien cómo reaccionar, hizo un amago de levantarse para cogerla, pero Leonardo in-

sistió en que no debía hacerlo, ya que no tenía ningún sentido seguir usando una calculadora que no funcionaba. La decisión de Leonardo era firme, y a pesar de los intentos de mi compañera, hasta que no terminó la clase no pudo acercarse a la papelería y recuperarla. Pero, antes de que cunda el pánico, aclaremos un poco las cosas: la papelería estaba vacía, por lo que no hubo contacto con gérmenes ni desperdicios en ningún momento; la escena, más allá de la sorpresa generalizada y algunos gestos de incredulidad, transcurrió con naturalidad, sin tensiones, sollozos ni quejas posteriores a padres o a otros profesores; y tanto la calculadora como mi compañera sobrevivieron a la experiencia sin sufrir ningún trauma por este suceso. Por el contrario, con su sorprendente y aleccionadora actuación Leonardo consiguió que, de ahí en adelante, todos los alumnos de la clase, cada vez que usábamos la calculadora, tuviéramos especial cuidado a la hora de seleccionar los símbolos y pulsar las teclas. Más aún, logró que al menos un servidor, ya lejos de la adolescencia, cuando fracasa al manipular cualquier tipo de instrumento siempre se plantee si es que realmente no funciona o si conviene, más bien, repetir la acción con algo más de cuidado, o bien buscar una posible razón que explique por qué no ejecuta la tarea para la que ha sido diseñado.*

Lo que quiero decir con todo esto es que Víctor y Leonardo, al igual que muchos otros maestros y profesores, no hacían uso, ciertamente, de las llamadas metodologías activas, pero ello no impidió que dejaran una profunda huella entre sus alumnos llegando a ocupar, con toda justicia, un lugar de privilegio en ese selecto grupo reservado para los «magos de la tiza». A fin de cuentas, cada docente

* Ya que he hecho un inciso para recordar a Víctor y Leonardo, no quisiera terminar este capítulo sin mencionar a mis queridas maestras de infantil (Mercedes) y primaria (María Luisa, Mari Carmen y Milagros) y a profesores de instituto tan únicos como Emilia, de Inglés; Alfonso, de Matemáticas; María, de Lengua; Alfonso, de Historia; Alicia, de Música; Félix, de Filosofía; Antonio, de Educación Física; o Ana, de Economía, entre otros, que tanto me enseñaron y tan buenos momentos me regalaron.

tiene su propia personalidad, sus propios puntos fuertes, su propio librillo, y cada uno, si sabe explotar bien sus cualidades, sabrá qué metodología se ajusta mejor a sus características y cuál es la más indicada para transmitir valores y conocimientos y dejar un buen recuerdo en la memoria de sus alumnos.

En el caso de Víctor y Leonardo, eran sus personalidades desbordantes y su vocación desmedida las que les hacían tan únicos y especiales, pero no hay una única fórmula para el éxito. Otros profesores tienen un talento excepcional para diseñar y poner en práctica juegos, yincanas y *escape rooms*; hay quienes destacan por su buen manejo de las TIC y su capacidad para integrar de forma efectiva las nuevas tecnologías en el aula; hay profesores que son perfeccionistas y meticulosos hasta el extremo, lo que convierte sus correcciones en verdaderas obras de arte; hay otros tan curiosos y atrevidos que no paran de actualizar sus estrategias didácticas y de reinventar sus clases; los hay tan carismáticos y entusiastas que hagan lo que hagan siempre se las apañan para llegar a sus alumnos. Sea cual sea el método empleado, si cada docente es capaz de explotar sus puntos fuertes, liberándose de cadenas autoimpuestas y llevando su asignatura al campo que le resulte más atractivo (hola, ¿libertad de cátedra?, ¿sigues ahí?), estoy seguro de que cada día ofreceremos una educación de mayor calidad, respetuosa con la legislación, pero también con nuestra forma de entender y vivir el proceso educativo. Y es que, ciertamente, todos debemos enseñar las mismas Matemáticas, el mismo Inglés y la misma Historia, pero cada uno debe hacerlo a su manera, explotando al máximo sus virtudes y capacidades, y tratando de mejorar diariamente, pues un «mago de la tiza» no se define por sus trucos sino por la magia que tiene dentro.

Profesores con vocación, con amor y entusiasmo por lo que hacen, que sean conscientes de la increíble oportunidad que supone convivir con esos pequeños locos y enseñar y formar a las generaciones del futuro. Maestros inmunes ante la adversidad e incansables en su afán por dar cada día en las aulas lo mejor de sí mismos. Docentes

que, sin importar la edad, la experiencia y el contexto, quieran ser «magos de la tiza» y dejar una huella profunda en sus alumnos: eso es lo que se necesita para lavar la cara del sistema educativo español, para cambiar la mala consideración que una parte de la sociedad tiene acerca de los docentes, y para hacer que los actuales niños y adolescentes de nuestro país constituyan la primera generación de adultos que recuerde su etapa escolar con un buen sabor de boca, con una sonrisa agradecida en los labios y con unos comentarios mayoritariamente positivos sobre sus profesores de Educación Primaria y Secundaria.

En definitiva, maestros y profesores ya somos muchos, pero necesitamos más «magos de la tiza», y para llegar a ser un mago con todas las letras —siguiendo a Gandalf el Blanco—, el primer paso es proponérselo, y el segundo, trabajar muy duro hasta lograrlo. «¡Corred, insensatos!».



Hay tantos mitos sobre los Rolling Stones... Lo peligroso es empezar a creérselos. Es el camino a la locura. En mi opinión, el mejor mito es ese de que Keith se cambia la sangre todos los años. Siempre me encantó, porque tiene un aire muy vampírico.

MICK JAGGER